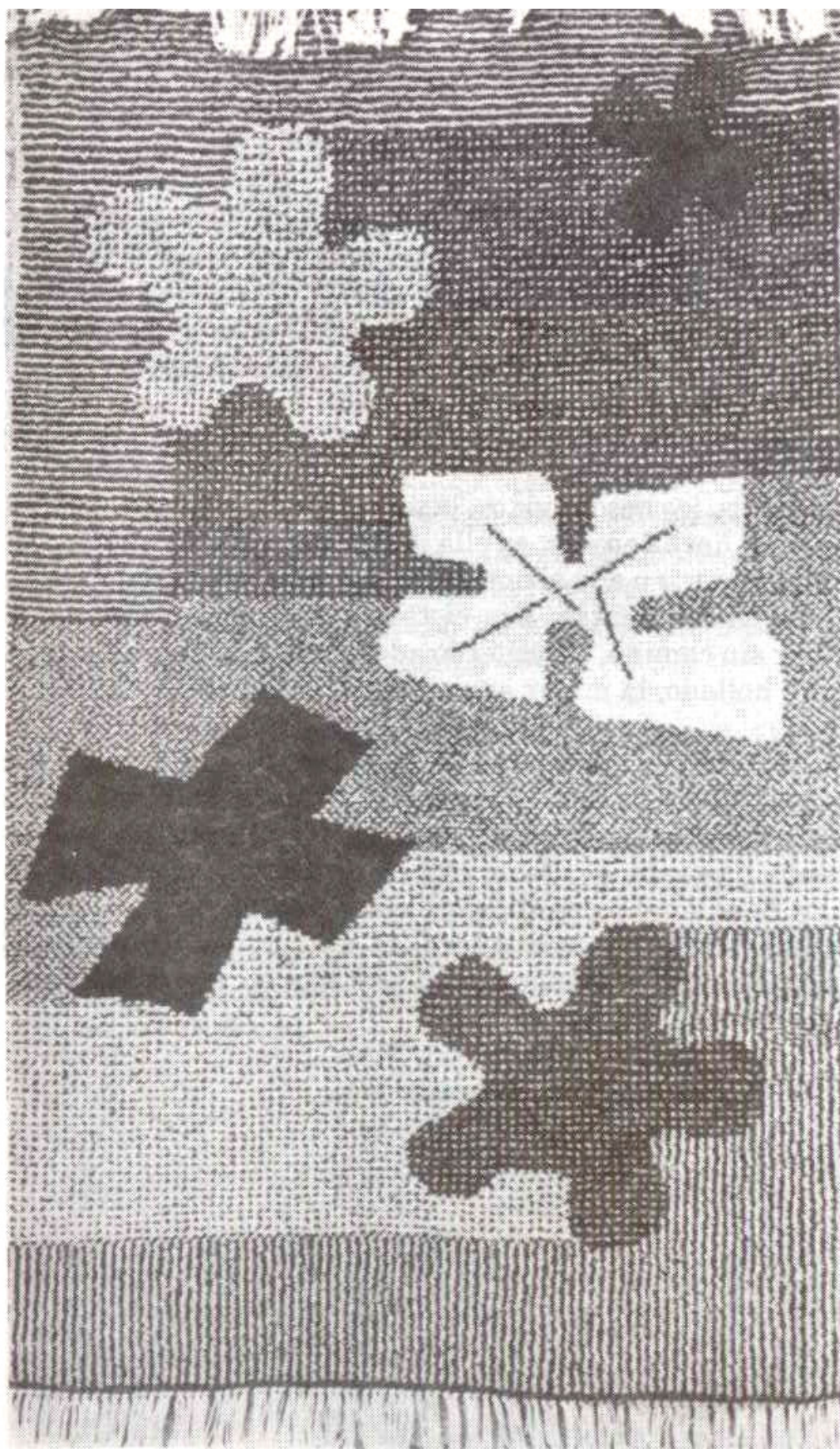




Actual 112

Dos cuentos de Mariano Nava

La venganza de Urao

Quomodo cantabimus canticum domini
In terra aliena?

Salmo 136

A esa hora, todavía oscuro, era muy poco lo que se podía ver, a no ser de las luces de la ciudad que, como una chorrera de polen luminoso esparcido a lo largo del valle, señalaba su fondo. Pero allá arriba, entre tanto follaje, muy poco se veía. El hombre salió de entre la espesura, sonrió y contempló. Un aura rosada comenzó a colorear tímidamente el negro espectral, empezando por diferenciar la petrea mole de la Sierra Nevada, justo detrás del Pico Bolívar, como siempre ocurría por el mes de enero. Poco a poco, una mirada de inciertos matices, clandestinos y siniestros, fueron acudiendo a dibujar una a una las raras curvas y prominencias de la colosal muralla de piedra. La línea se fue extendiendo horizontalmente hacia las prominencias circunvecinas: a la izquierda el glaciar mortecino de La Concha y el Pico Humboldt, que se podía atisbar desde aquella altura; a la derecha los cuernos magníficos de El Toro y más allá el lomo presuntuoso de El León. El hombre observaba y sonreía.

Mucho tiempo hacía desde que la Nación de los Blancos habíase venido a instalar acá. Mucho tiempo desde que la Nación Vieja había dejado de ser robusta y fuerte, desde el tiempo de los caciques del pueblo: Salazar, Rangel, Flores, Márquez, Angulo y Díaz; tiempo de la Nación de los Indios. El hombre recordó las palabras de La Señora y sonrió aún más. No estaba solo. Todos los animales del monte lo acompañaban: las arditas, los pájaros y los insectos; todos los animales del agua estaban con él: las culebras, los airones, los tistires y los sagrados peces; también los animales de la laguna: las gallinetas, las tortugas, las ranas y los sapos; los animales de los muertos: los cucuyes, y las criaturas del Dios: la culebra, la lagartija y el faro; pero sobre todo estaban con él sus animales, los animales de la hechicería: en cada hombro llevaba un guainis y un surrucuco, y sobre la cabeza le revoloteaba un murciélago. El era el último de los mojanos, el último de la Gran Nación. Conocía el lenguaje de los vientos y de las aguas. la medicina y la sabiduría, él podía volar por los Aires tomando la forma de un zamuro y era el único que había visto la Gran Serpiente: había sido criado por Doña Simona, por La Laguna, quien le instruyó en el arte y saber de los viejos mojanos. Conocía sus preceptos, y hasta el último momento les fue fiel: hasta hoy se había consagrado a buscar indiecitos primogénitos, recién nacidos y no bautizados para sacrificárselos todos los eneros como estaba mandado. Se había dedicado a echarle las primeras mazorcas, las primeras yemas, el primer miche, las primeras pencas de chimó cada vez que le adivinaba las ganas en su ojo azul y profundo, en el rizo tímido su oleaje, en un bramido corto e imperceptible de su lecho, pues sabía que a La Señora le gustaban las primicias. Pero lo que más le consumía tiempo era espantar la grosera bulla de los turistas y los visitantes, que sabía le ofendían sobremanera (por eso era él el único en alegrarse cada vez que algún bañista desaparecía o simplemente se ahogaba. El sabía, y solamente él, que no se trataba de un accidente fortuito). Pero desde hoy, a partir de

hoy todo iba a ser distinto y sintió una alegría cósmica que manaba de su responsabilidad cósmica.

Volteó hacia el monte e hizo un inusitado ademán. Entonces se produjo un ruido extrañísimo que resonó en unas laderas que ya le habían perdido la costumbre: el hombre bramó con el bramido profundo y quejumbroso con el que suelen bramar las lagunas de la montaña, con que solía bramar La Señora, Doña Simona, y que aprendió de ella. Bramó así y los vientos se despertaron y obedecieron acudiendo por entre los montes estremecidos. Entonces, en un corto torbellino, se arremolinaron a su alrededor: el hombre alzó los brazos y les volvió a hablar en aquel insólito lenguaje eólico y telúrico. Fue cuando finalmente se abalanzaron por la pendiente hacia el fondo del valle, hacia la ciudad, atropellando con insolencia todo cuanto había a su paso.

El hombre contemplaba extasiado aún con los brazos en alto y, junto a él, todos los animales que le acompañaban guardaban el mismo silencio espectral y maravillado, puesto que también comprendían lo que estaba ocurriendo. Allá abajo, en el fondo, las ráfagas furiosas arremetían contra las luces de la ciudad y hacían de ellas un caótico torbellino: luces de neón y de bombilla, luces de lámparas y candelabros, luces de anuncios y reflectores se elevaron jubilosas por entre los cielos ante el hermético silencio de las montañas, y se confundieron unas con otras como una nube resplandeciente inflamada en el ya coloriento firmamento, como en un eufórico caos primario y redivivo, como debió ser en los tiempos memoriales de la Gran Mancha Blanca, mucho antes de que los ángeles catires hubieran bajado del cielo y enseñado a los hombres el arte y las ciencias. El hombre vio que aquella nueva Mancha Blanca se desplazaba lenta y señorialmente hacia el sudoeste, alumbrando a su paso campos y cañaverales, y, cuando ya no pudo verla más, escuchó el escándalo de La Laguna al engullirla.

Ya había amanecido cuando el hombre comenzó a bajar por las laderas hacia el valle limpio y renovado. Los animales a su vez partieron, prestos y entusiasmados, como si fueran a predicar un evangelio inocente y salvaje. El hombre se detuvo un instante y miró. La bulla del monte, ahora deshinibida, era una estridencia jubilosa mientras una luz nueva chorreaba sus incontables átomos de dorada harina, pródiga y generosa. Era como si la copa de la vida se hubiera roto allende la Sierra y hubiera rebosado su luminoso líquido derramándose por el valle verde y vegetal: desde los altos riscos, lagunas y peñascos, bajando por La Mucuy, besando con su roce refulgente el monte sano y nuevo hasta la Mesa de los Indios, ni un solo pedazo de concreto, ni un solo grumo de asfalto, ni una sola partícula de plástico tropezó con esta luz nueva y celestial, como debió haber sido en el comienzo inmemorial de los tiempos y como nunca debió de haber dejado de ser.

Ecce homo

-¿Mantendrán todavía su irritación cuando digamos nosotros que no habrá remedio para los males de la ciudad y de los ciudadanos hasta que el linaje de los filósofos se haga cargo del gobierno?

Platón, Rep. VI.13

Aquel día todo estaba más revuelto que de costumbre. El camino estaba congestionado de vehículos que iban y venían según más les convenía, por la derecha o por la izquierda, por la calzada o por la acera, hacia adelante o de retroceso, sin orden aparente en la circulación. En una esquina, un niño le pellizcaba una nalga a una septuagenaria que intentaba orinar al pie de un semáforo cuyas luces titilaban todas a la vez. Después de más de tres horas llegué por fin a la oficina. Al entrar mi secretaria, no escondido su rechoncho cuerpo en la diminuta ropa interior que llevaba por único vestido aquella mañana, me pellizcó la mejilla como saludo. "Hola", le dije y me fui a mi cubículo, tan atiborrado de papeles como siempre. Desde la ventana veía el bullir de la calle aumentando como si aumentara también una llama interior bajo el asfalto a medida que avanzaba la mañana. Hoy sin embargo había un condimento preocupante en el caos habitual, algo que hacía sentir de manera especial el nada especial desorden matutino: la gente estaba preocupada por aquello del Fin de las Ideologías.

Si, muy temprano, casi de madrugada lo había anunciado el Filósofo en la entrevista de TV: *"Estamos ante el fin de las ideologías"*, y se arregló la corbata, sacó un revólver y se voló la

mitad de los sesos ante el camarógrafo fascinado. Yo que casi que me atraganto con el trago de café, me apresuré a anotarlo en el almanaque de la cocina: *Martes 18 de septiembre*, EL FIN DE LAS IDEOLOGIAS. Terminé de desayunar y me dispuse a salir, pero una sensación de vacío me quedó revoloteando en el estómago, como lo que se siente cuando se ha vomitado demasiado. Después, observando desde la ventana de mi oficina, me pareció como si la demás gente fuera también presa de la misma náusea, como si el resto de la humanidad sintiera lo mismo que yo y les compadecí. Recordando la escena de aquel filósofo mártir abrí la ventana y eché todos los libros a volar en nombre del Fin de la Filosofía, de la Literatura y de las Ciencias. Miles y miles de páginas, de párrafos y parágrafos, de palabras larga y obstinadamente pensadas y meditadas volvieron por fin al viento de donde nunca debieron haber salido, mientras que los carceleros lomos de los libros que durante siglos las mantuvieron atadas unas a otras se estrellaban contra los cristales de los autos, destrozando los anteojos, las cabezas y arruinando los peinados de los transeúntes (tal es la fuerza con que los lancé desde mi ventana del quinto piso). Ello lo que hizo fue aumentar la excitación de la gente, pero yo me sentí mucho mejor.

Hacia el mediodía decidí marcharme a casa. Al salir noté que estaba vacía la oficina, sólo quedaba mi impúdica secretaria. La miré y pensé que también estábamos ante el Fin de la Moral, o mejor de la Estética, y que también sería el Fin de la Burocracia, si ya no quedaba nadie; pero al ver que tampoco había gente en la calle me dí cuenta entonces que se trataba del Fin mismo de la Especie Humana: todos, o casi todos, también se habían suicidado, y, contra lo que podría pensarse, no me entristecí por ello, al contrario, por el camino atropellé a un gatico y no me importó: total, estábamos ante el Fin de la Ética.

Al llegar a casa me la encontré hecha un desastre. Es decir, todo el tiempo había estado así, pero hoy había un aditivo que la hacía más insoportablemente desordenada y caótica. Me dirigí hacia la mesa. Allí estaba la razón: sobre ella (¿Aún puedo decir sobre?) había una hoja de papel bastante sucia y con algunos trazos garabateados que intenté leer (era la letra de mi mujer, por supuesto): ¡Querido, me enteré de las declaraciones del Filósofo: /en nombre del Fin de la Moral, y de las Buenas Costumbres me voy con mi amante/ puedes hablar con cualquier abogado para que lo arregle/ si es que no estamos ya ante el Fin de las Leyes". De momento sólo atiné a preguntarme cómo era que mi mujer todavía no se había contagiado con Fin de la Gramática (tal vez porque aún no lo habían dicho por TV), y después no pude atinar una sola idea más, seguramente por lo mismo del Fin de las Ideologías.

Esa noche, sentado en el butacón de la sala, me envolvió el más espantoso y total de los absurdos: aquél que se siente cuando se pierde el sentido de las cosas, el que sintieron seguramente Neil Armstrong o Yuri Gagarin cuando no sabían ni siquiera para dónde quedaba arriba y para dónde abajo. Intenté poner el aparato de la música, pero nada: por aquello de las disonancias y el Fin de la Armonía no sonó ni una sola nota; traté de hojear algunos libros: imposible por lo del Fin de la Literatura y el colapso de los Géneros; salí al patio a jugar con los animales, pero ya no había nada; ni animales ni plantas por lo del Fin de las Especies y de la Capa de Ozono. Sentí de nuevo la náusea que había sentido en la mañana, pero mucho más fuerte e insoportable (más fuerte sin duda que la de Sartre). Quise huir, quise irme lejos de este mundo de pesadillas, a un lugar donde todo tuviera un orden, a un mundo mejor donde todo recobrara su razón de ser y su justificación existencial, pero no, ya no existía ese sitio por aquello del Fin de las Utopías y del Fin de la Historia. Entonces corrí al baño, con la inenarrable sorpresa de que, al abrir la puerta, me topé con un

abismo, el más negro, profundo y absoluto de cuantos hubiera podido ver en tres vidas. Sin vacilar un instante y con alegría suprema me lancé inmediatamente, teniendo la esperanza de hallar allá adentro algo de donde agarrarme.

Sólo después de que estaba cayendo me percaté de que aún contaba conmigo mismo.